

Contextos educativos no-formales: el museo y la apropiación del conocimiento científico

**Contextos educativos no-formales:
el museo y la apropiación del conocimiento científico**

Primera edición: diciembre de 2013
c 2014, Caridad García Hernández y Margarita Espinosa Meneses
D. R. c 2014, México: Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Cuajimalpa

ISBN: 978-607-28-037.

NO. DE PAGINAS: 148.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos.

Impreso y hecho en México
comunicaciones2.

Espacio, cuerpo y apropiación de conocimiento en los museos

Caridad García Hernández¹
Margarita Espinosa Meneses²

0. Presentación

En este capítulo las autoras se interesan por caracterizar el espacio social, entidad construida por el hombre. Señalan que es el espacio social en el que el hombre forja sentidos, prácticas, y se apropia del conocimiento.

Se ilustra la apropiación de conocimiento mediante el ejemplo del museo, espacio educativo no formal. Con ese ejemplo las autoras dan cuenta de la complejidad de saberes y prácticas que se efectúan en un ámbito social en general y en el museo en particular: interacciones, disposición de objetos en el espacio, diversos tipos de comunicación, relaciones de poder, todo ello influye en el proceso por el cual el agente social adquiere saberes. Se afirma que el conocimiento de tales procesos es una condición para elaborar nuevos ambientes educativos que apoyen a la educación formal de los estudiantes.

¹ Doctora en Ciencias Políticas y Sociales, con orientación en Comunicación. Profesora investigadora titular “C” de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa. Integrante del grupo de investigación en “Comunicación educativa en sistemas abiertos y a distancia”.

² Doctora en Lingüística. Integrante del grupo de investigación en “Comunicación educativa en sistemas abiertos y a distancia”. Líneas de investigación análisis del discurso y semiótica de la cultura. Profesora investigadora titular “C” de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

1. Introducción

En el lenguaje que utilizamos abundan los términos espaciales. Hablamos de “ir a la escuela”, de “subir a otro piso”, “de recorrer un museo”, de “entrar a Internet”. Nos movemos por espacios físicos (la casa, la avenida, el país) y con ello forjamos la idea de un espacio concreto, pero también aludimos a un espacio universal e infinito que nos contiene. Como afirma Cassirer (1968, p.40), no podemos concebir nuestra realidad sino en términos espaciales.³

Ante el lugar esencial que el concepto de espacio tiene para la comprensión de las diversas experiencias humanas, de la sociedad misma, vale la pena retomar la forma en que ha sido abordado hasta llegar a la conceptualización de un espacio social, lugar estructurado por significados y reglas. Sólo así se podrá comprender de una forma más precisa la manera en que el hombre construye significados y se apropia de los espacios, y cómo luego éstos inciden en su comportamiento.

2. ¿Qué es el espacio?

El espacio ha sido un concepto central para los filósofos de todas las épocas. Aristóteles lo define como el lugar que ocupan las cosas. Descartes, iniciador de la filosofía moderna, lo identifica con la extensión de los cuerpos. Kant afirma en el s. XVIII que espacio y tiempo son formas a priori de la sensibilidad humana, condiciones para cualquier tipo de experiencia para el hombre. Leibniz y Newton discuten acerca del concepto de la existencia del espacio como dependiente de los objetos o como verdadero por sí mismo. Einstein concibe el espacio y el tiempo en un concepto único, afirma que tiempo y espacio están relacionados y son inseparables.⁴

Desde una perspectiva de corte pragmático, encontramos que el diccionario define el espacio como aquella palabra que “refiere a la extensión que contiene toda la materia existente” (DRAE) o como “Medio físico continuo e infinito en el que están contenidos todos los cuerpos del universo” (DEM). Todas estas concepciones del espacio traslucen, esencialmente, dos formas de concebirlo: como una entidad en sí misma, absoluta, abstracta o como un contenedor de objetos, una entidad concreta sin incidencia con las entidades contenidas.

No sólo filósofos y físicos se han interesado por el espacio. Son diversas las disciplinas que se han enfocado en su estudio desde sus propias perspectivas, intereses y métodos. Por ejemplo, en la geografía el estudio del espacio ha sido esencial, aunque no siempre ha sido analizado desde la misma perspectiva.

Fue hasta el último tercio del siglo XX que el espacio tomó gran relevancia para los geógrafos. Pasó de ser considerado una entidad absoluta, fija, no dialéctica, a una entidad percibida cotidianamente por el ser humano, con la cual los seres vivientes interaccionan. Así, se empezó a hablar de espacio vivido: el espacio que es percibido por los sentidos o por la experiencia, el espacio que el hombre habita. En consecuencia surgen los conceptos de espacio personal; de espacio de grupo. El espacio se transforma entonces en un lugar con significados.

³ Cassirer (1968) señala que son dos las dimensiones que constituyen la urdimbre en la que se traba la realidad: el espacio y el tiempo. Afirma que no podemos concebir ninguna cosa como real, sino sólo en el marco espacio temporal (p.40).

⁴ Para comprender lo que es el espacio, algunos pensadores se han apoyado en términos como tiempo, objetos, distancia, velocidad, es decir, el espacio es concebido como un concepto dependiente de otras entidades que ayudan a hacer concreto un término abstracto.

En el transcurso del s. XX diversos pensadores habían llamado ya la atención sobre los diversos concepciones y tipos de espacio. Ernst Cassirer (1968), hacia mediados del siglo pasado,⁵ afirmaba que el espacio incidía de algún modo en la experiencia humana. Señaló que existían diferentes tipos de experiencia espacial, y éstas las relacionó con los organismos menos o más evolucionados. Así, distinguió entre:

- a. Espacio (y tiempo) orgánico, caracterizado exclusivamente por la adaptación que un organismo inferior logra con su ambiente. Aquí no se posee una idea mental sobre el espacio. Es el espacio de la acción.
- b. Espacio perceptivo, el cual es propio de animales superiores. La relación que se establece entre el organismo y el espacio es de tipo óptica, táctil, olfativa, kinestésica.
- c. Espacio simbólico, el cual representa la frontera entre el mundo animal y el humano. Los espacios cobran significados.
- d. Espacio abstracto. Propio del hombre, es la idea a la que se llega mediante un proceso mental complejo. Es el verdadero espacio matemático, el cual se expresa mediante relaciones de símbolos (pp. 41-43).

Se observa que Cassirer va de la concepción de un espacio primitivo (el espacio de la acción, el que se camina, el mensurable) a la concepción del espacio abstracto (el concepto científico, el espacio de la geometría, el que se representa). Aunque no profundiza en la descripción del espacio simbólico, sí apunta la importancia de su estudio para una teoría general del conocimiento.

Con base en este panorama Cassirer habla de conocimiento del espacio cuando un sujeto es capaz de representarlo; no de transitarlo. De este modo afirma que “para representar una cosa no basta ser capaz de manejarla de la manera adecuada y para usos prácticos. Debemos poseer una concepción general del objeto y mirarlo desde ángulos diferentes a los fines de encontrar sus relaciones con otros objetos y localizarlo y determinar su posición en un sistema general” (Cassirer, 1968, pp.43-44).

Por lo tanto, conocer el espacio implica, además de su uso, poder nombrar y representar las serie de relaciones que guarda con un todo, con lo que contiene, considerándolo en sus diversas perspectivas, observando la forma en que el hombre lo significa y llena de sentido, pero también observando la influencia que el espacio ejerce sobre el hombre.

Henri Lefebvre, por su parte, asentó hacia 1974 la forma en que el concepto de espacio pasó del ámbito de interés de los filósofos y los matemáticos al campo moderno de la epistemología y de las ciencias sociales. Afirmó que nos enfrentábamos a una gran cantidad de espacios (y concepciones de espacios) y que debería existir una teoría que los uniera y los explicara. Distinguió, básicamente, tres tipos de espacio: el espacio físico, el del Cosmos; el espacio mental, el de las abstracciones lógico matemáticas y el espacio social, el espacio de la percepción, de la práctica, de los símbolos (p.8).

Así, a partir del último tercio del s. XX fueron innumerables las expresiones en obras de sociólogos, psicólogos, antropólogos, historiadores, geógrafos que apuntalaron la existencia de un espacio social construido por el hombre, por lo que las teorías sociales se enfocan a su estudio y a la posible influencia que el espacio social ejerce en el hombre. Se asumió que ese espacio revestido de significados era diferente del espacio mental, concepto científico de los filósofos y los matemáticos, y del espacio físico, perceptivo, **concreto, definido por la actividad práctica sensorial.**⁶

⁵ En su libro *Antropología filosófica* Cassirer realiza esta distinción entre diversos tipos de espacio. La obra original en inglés se publicó en 1944.

⁶ Durkheim hacia 1895 ya afirmaba la existencia de hechos sociales (de una realidad social) los cuales eran externos al individuo, pero que a su vez ejercían poder de coerción sobre éste. Así, algunas de las ideas de este sociólogo fueron retomadas en la concepción de un espacio social.

3. El espacio social

La idea de la construcción de un espacio social fue ampliamente aceptada y difundida. David Harvey, en la década de los setenta, afirmó que el conocimiento del espacio geográfico sólo era posible si se estudiaba su historia, lo cual también implicaba conocer los procesos involucrados en su producción. Por lo que el espacio geográfico pasaba a ser un subproducto de lo social (Harvey 1977, p. 206). Ilustró esta idea al señalar que las culturas han construido los conceptos de espacio y tiempo de manera diferenciada: la concepción de minuto, segundo, hora y más recientemente nanosegundos son productos de procesos históricos de una sociedad determinada en un tiempo determinado (Harvey, 1994). Con este ejemplo evidenciaba que la concepción de un espacio social es construida con base en factores, culturales, históricos, políticos, económicos.

Es importante destacar que este espacio construido por el ser humano influye en el hombre mismo. Se crea así una influencia recíproca entre el hombre y el lugar que habita. El espacio social obliga al hombre a transitarlo de cierta manera, a hablar de una forma determinada, a comportarse de un modo establecido. Bourdieu afirma que el espacio social es “una realidad invisible que no se puede mostrar pero que organiza las prácticas y las representaciones de los agentes.” (Bourdieu, 1989, p. 21). Lefebvre (1974) señala que el espacio social asigna y ordena lugares para la reproducción biológica (la familia) la reproducción del trabajo y la reproducción de las relaciones sociales de producción (p. 23). Harvey (1994) asegura que el espacio social opera con toda la fuerza de los hechos objetivos, por lo que el hombre no puede escapar de él:⁷ está disciplinado en una estructura objetiva (p.3). Así, se puede afirmar que el espacio social asigna lugares (el centro comercial, el cine, el teatro, la biblioteca, el museo...) y reglas para que el hombre lleve a cabo las prácticas sociales.⁸ El lugar que van ocupando los agentes, así como la diferenciación de las prácticas que llevan a cabo dentro de lugares determinados está en función de su capital económico, cultural y simbólico que cada persona posee (Bourdieu, 1989).

Ahora bien, si se considera el rasgo de estabilidad el espacio social puede concebirse como un espacio fijo, semifijo o informal (Hall, 2005). Esta clasificación evidencia el hecho de que la disposición espacial influye directamente en la conducta del hombre, veamos.

Los muros y las fronteras territoriales, estructuras inamovibles, dan al espacio un carácter fijo. Este tipo de espacio es el que modela y rige de una forma más clara el comportamiento del hombre. Piénsese en la conducta que se debe tener dentro de una gran catedral, de un museo, de un teatro, etc., cuyas paredes, techos altos y distribución en general refieren a prácticas específicas que el individuo debe realizar, so pena de que si no lo hace sea señalado y reciba una reprimenda por parte de la misma sociedad.

Los espacios asignados para las prácticas sociales no siempre han sido los mismos y suelen cambiar de acuerdo con las culturas y las épocas. Por ejemplo, la práctica de lavarse las manos, en la actualidad, se lleva a cabo en un cuarto de baño. En la antigüedad esta práctica se realizaba mediante el aguamanil (un jarro con asa grande y una vasija poco profunda), el cual era llevado hasta la misma mesa de los comensales, costumbre que fue desapareciendo hacia el siglo XVII con la aparición del tenedor. El uso de

⁷ Sin transgresión y con consecuencias.

⁸ Si bien las sociedades difieren en cuanto a prácticas sociales, todas registran normas a partir de las cuales se conducen. Piénsese, por ejemplo, en actos sociales como el bautizo o la boda católica, las cuales se rigen por reglas específicas en culturas diversas. Un bello ejemplo de los diferentes códigos que se manejan en culturas distintas se tiene en la forma de expresar el beneplácito. En Japón se cree que si una experiencia se verbaliza, su verdadera esencia desaparece. “Así, en cualquier circunstancia de intensidad emocional, ya sea la muerte de los padres, la feliz noticia de que un hijo aprobó su ingreso a la universidad o la observación de algo extremadamente hermoso, lo que debe decirse es nada” (Williams, citado en Saville, 1999: 167); actitud diametralmente opuesta a nuestra cultura propensa a mostrar los afectos.

este recipiente era común entre los griegos y los romanos, ellos se lavaban las manos entre cada plato, pues en esa época la mayor parte de los alimentos se comía con los dedos.

Un lugar es considerado como semifijo si el espacio está delimitado mediante objetos móviles; pensemos en una sala que delimita su espacio utilizando los sillones o en un salón de clase el hecho de que se puedan o no mover las bancas para formar equipos de trabajo. Mediante los espacios semifijos –asegura Hall (2005)— podemos tener un profundo efecto en el comportamiento del hombre y éste se puede medir. Podemos hacer que las personas interactúen o no.

El tercer tipo es el espacio informal, el cual está marcado por la distancia interpersonal. Este tipo de espacio resulta variable y diferenciado (en cuanto a límites y significados) en las diversas culturas. Hall (2005) distingue básicamente cuatro tipos de distancia entre las personas: la íntima, la personal, la social y la pública. Estas distancias traslucen la clase de relación existente entre las personas –si bien no se puede generalizar— e inducen, también, a conductas determinadas: a tocar a la otra persona, a abordar asuntos impersonales, a no interactuar con ella.

Se observa, pues, que esta característica de los espacios (su rigidez o flexibilidad) interviene directamente en el comportamiento de los seres humanos y en los significados que el hombre construye de esos lugares a partir de las acciones realizadas. Así, los significados y comportamientos se mantienen y reproducen debido a que los espacios son percibidos, concebidos y vividos por los agentes sociales. Lefebvre (1974) señala que son tres las etapas por las cuales el espacio social se mantiene: la *práctica espacial*, la *representación del espacio* y el *espacio de representación*.

Existe una *práctica espacial* cuando los individuos llevan a cabo ciertas conductas, las cuales son percibidas y reproducidas por otros miembros de la cultura. En un velorio, un adulto habla con voz baja a un niño y éste le responde de igual manera, o el adulto lo reprende por estar hablando con volumen fuerte; el recorrido por un museo –no interactivo— se hace con ritmo semilento, no se debe correr ni consumir alimentos; el comportamiento adusto frente a un espectáculo artístico; todos los comportamientos son percibidos, registrados y corregidos por los integrantes de un grupo social, por lo que los nuevos miembros tienden a reproducirlos.

La *representación del espacio* alude al conocimiento de los signos y los códigos presentes en el espacio social. Dicho conocimiento hace que los individuos se comporten de una u otra manera. Los individuos aprenden significados, códigos que les permite comportarse y entender las prácticas sociales: apreciar un concierto; saber negociar en el marco de las reglas de cortesía; hablar en el turno correspondiente (en una cultura determinada el primero en hablar siempre es el de mayor edad).

El *espacio de representación* refiere a simbolismos complejos (la interacción no verbal, los ritos, el arte, etcétera). Por ello se alude a él como el espacio vivido porque se requiere de conocer sus códigos, verbales y no verbales, de contar con todo el conocimiento que permita interpretar sus significaciones y entender sus reglas. Sólo así, mediante la comprensión de los sentidos y usos que impone el espacio social, el ser humano se apropia de esos lugares.

4. Apropiación del espacio

Resulta un hecho que los espacios tienen significados para los seres humanos. Una determinada calle, un museo, un parque, una casa; todo contiene sentidos que se disparan cuando el lugar es percibido por el hombre. Esos significados pueden ser compartidos por un grupo social o ser meramente personales.

Son varias las vías por las cuales el hombre significa los lugares (y así crea vínculos con ellos). Las acciones que se llevan a cabo en los espacios representan una de esas vías. Así, tenemos lugares para aprender, para descansar, para laborar. Otro camino de

construcción de significados lo representa la vía emotiva, la cual se constituye a partir de la interacción que tiene un agente con otros actores, con las cosas mismas que ocupan ese espacio, con las experiencias vividas en esos lugares. Los significados originados a partir de la emotividad suelen ser signos más personales. En el momento en que estos significados empiezan a socializarse pasarán a formar parte de los códigos establecidos y comunes a todos los miembros de la cultura.

Otras vías a partir de las cuales los espacios pueden significarse son: las creencias o pensamientos que la gente tiene con respecto a un lugar determinado. Piénsese, por ejemplo, en el carácter sagrado que se le da a un espacio cuando se coloca ahí una cruz, una virgen. O bien por las características propias del lugar: su tamaño y especificidad (Vidal y Pol, 2005), de tal manera que sus propiedades físicas pueden connotar tranquilidad, paz, cobijo, etcétera.

El vínculo que el hombre crea con los espacios ha sido estudiado desde diversas perspectivas, una de ellas es la apropiación del espacio. El término apropiación alude a un proceso del desarrollo humano en el cual la persona adquiere, obtiene para sí el conocimiento y experiencia generalizada que se tiene sobre un objeto determinado (material o mental). Vygotsky señala que la apropiación de objetos de conocimiento está en función de una mediación ejercida por herramientas, que pueden ser físicas o simbólicas. Para Vygotsky, el conocimiento pasa de relaciones interpsicológicas, derivadas de la interacción, a intrapsicológicas, interiorizadas a nivel mental. Es decir, el conocimiento surge a partir de la interacción –acción recíproca– de un sujeto con otras entidades; esa información es conceptualizada y utilizada de manera eficaz cada vez que la persona se enfrenta a nuevas situaciones que requieran dicho conocimiento.⁹ Así, tenemos a un agente activo que conoce los códigos a partir de las prácticas culturales y que transforma su realidad con dicho conocimiento. De este modo, el entorno apropiado conlleva, para el ser humano, los significados sociales y personales que lo hacen, a su vez, asumir ciertos comportamientos.

Dentro del proceso de apropiación la interacción entre sujetos dentro de un entorno específico y la participación en las prácticas culturales desempeñan un papel fundamental, pues es mediante el cuerpo que el hombre percibe y es mediante el cuerpo que el hombre se comunica.

5. El cuerpo en el espacio

Más allá de las explicaciones que biológica y fisiológicamente pudiéramos hacer sobre el cuerpo, el aspecto que nos interesa es su concepción como construcción social y como elemento de comunicación entre los seres humanos, pues desde esta perspectiva podremos comprender aspectos que influyen en la apropiación del conocimiento y su vínculo con el espacio.

En relación con el cuerpo cabe la afirmación de que las primeras formas de comunicación entre los seres humanos necesariamente se relacionan con la comunicación no verbal. Si bien no podemos saber con precisión sobre el contexto ni el momento en que el humano inició la expresión verbal, si hay evidencias científicas que permiten señalar que antes de la verbalización se dio la gestualización.

Junto con la gestualidad, el ser humano desarrolló un peculiar color claro en la piel de la palma de las manos. A diferencia de otras especies, incluyendo los primates, los seres humanos carecen de contenido melanínico en las palmas. Esto destaca por el hecho de que las manos constituyen un elemento importante en la comunicación, pues a la par de la verbalización y la gestualización, las manos son instrumentos en expresiones comunicativas (Hewes, 1990).

⁹ Se recomienda revisar el capítulo titulado “La apropiación del conocimiento en comunicación y educación para la ciencia: una propuesta de conceptualización” de este mismo libro en el que se explica con detalle este término.

El cuerpo en general y el gesto en particular son componentes esenciales en el lenguaje verbal, pues sin ellos prácticamente es imposible sostener una conversación o establecer una interacción cara a cara, incluso, en algunas ocasiones, el individuo se muestra muchos más expresivo mediante su corporeidad que en la oralidad.

Fisiológicamente el cuerpo posee condiciones que le permiten funcionar como emisor y receptor de información. Así por ejemplo, el oído representa el sentido más importante para comprender al lenguaje hablado, en tanto que la vista es la que percibe expresiones faciales y el lenguaje corporal. Los bastones de la retina permiten la percepción de las configuraciones o *gestalts*, y de los pequeños movimientos de la periferia del campo visual. A diferencia del oído que en ocasiones pasa por alto pequeños indicios como, por ejemplo, el golpeteo de los dedos del hablante sobre la mesa; la vista es meticulosa en este aspecto, pues tiene la capacidad de captar información aparentemente secundaria en la interacción comunicativa. De tal forma que el receptor no pierde de vista los movimientos corporales de sus interlocutores, la posición del cuerpo, su disposición del espacio, los movimientos de las manos, la expresión facial del hablante, además de la atención fundamental que se presta a procesos comunicativos más precisos.

Evidentemente los sentidos en su conjunto se activan unos en relación con los otros, en una retroalimentación constante. Y más importante aún, la percepción sensorial que se objetiva en las expresiones del cuerpo se relaciona con una serie de estímulos que se generan alrededor del agente, a la vez que el agente mismo actúa sobre la disposición y condiciones del espacio. Al respecto Knapp (2009) señala que

Una vez que hemos percibido nuestro medio de cierta manera, podemos incorporar nuestras percepciones a la elaboración de mensajes que enviamos. Y una vez enviado el mensaje, las percepciones que la otra persona tiene del entorno se habrán alterado a su vez. Así, recibimos la influencia de nuestro medio y al mismo tiempo influimos en él (p.83).

El cuerpo establece un vínculo emocional con el entorno, pues este último contiene una cantidad de estímulos que afectan en la seguridad o inseguridad del actor, y de acuerdo a su interacción con el medio será la capacidad de apropiarse del espacio, como una extensión del cuerpo. La seguridad que perciba el actor se relaciona con el poder que el espacio ejerce sobre el agente: entre mayor seguridad, mayor será su capacidad para expresarse en ese espacio, para influir en él y para apropiarse de su contenido.

Esta relación que el agente establece con el espacio tiene componentes culturales de forma tal, y como se ha explicado en el apartado anterior, que no se trata de relaciones automáticas o mecánicas de estímulo-respuesta, sino de una interacción intersubjetiva, una activación de capital cultural incorporado en el sujeto, de experiencias hechas cuerpo como *habitus*, es decir, con una estructura interna, un sistema de valores que la persona va construyendo paulatinamente a lo largo del tiempo.

El capital cultural incorporado en este contexto se entiende como la acumulación de representaciones sociales, de información y de conocimientos en los agentes. Dicha acumulación, además de elementos cognitivos se traduce en el comportamiento, en el lenguaje, por lo tanto la vemos manifestarse en el cuerpo, la vestimenta, el léxico y en general, en las interacciones que el agente desarrolla con otros agentes y en entornos íntimos o sociales, como son los espacios. Por ejemplo, en el caso particular de los museos, Bourdieu (2010) señala que para que se dé un *consumo cultural* del agente sobre las exposiciones se debe entablar un proceso de comunicación, es decir, una decodificación que supone un conocimiento explícito que le permite al agente comprender, interpretar o inferir sobre aquello que observa en el museo. Esto implica que la persona tenga una educación previa de tal forma que le dé la seguridad de desplazarse por el museo, de establecer sus propias rutinas de observación, de acercarse o alejarse a voluntad, de moverse corporal e intelectualmente con mayor agilidad y certeza, apropiándose literalmente del espacio, a diferencia de quien no tiene conocimientos previos y no cuenta con la práctica cultural de transitar por un museo.

El espectador desprovisto del código específico se siente sumergido, <ahogado> delante de lo que se le aparece como un caos de sonidos y de ritmos, de colores y de líneas sin rima y sin razón. Por no haber aprendido a adoptar la posición adecuada, se queda en los que Erwin Panofsky llama <propiedades sensibles> [es decir] <capa primaria existencial que podemos penetrar sobre la base de nuestra experiencia existencial> (Bourdieu, 2010, p. 233).

Si bien cuando Bourdieu habla de los museos enfatiza en la relación que establecen los sujetos con el contenido de las exposiciones, también hace alusión a un aspecto que nos parece importante: la familiaridad del agente con el contenido de la exposición es un capital cultural que se encarna, se hace cuerpo y se manifiesta en la comunicación no verbal.

6. Corporeidad y su relación con el espacio

El espacio ha sido motivo de estudios interdisciplinarios y resultado de reflexiones provenientes de diferentes momentos históricos y de distintos campos de conocimiento (antropología, sociología, comunicación, psicología, filosofía, geografía cultural), como ya se mencionó. En esos enfoques que consolidan la idea de un espacio social las interacciones humanas desempeñan un papel fundamental. Micahel Foucault (1980 a), en la década de los 60, concibe el espacio social como producto de relaciones sociales históricas, como fuerzas políticas en tensión donde indudablemente, hay una convergencia entre tiempo y espacio.

Dentro de la escuela británica destaca el trabajo del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos, de la Universidad de Birmingham. Desde 1964 tuvo colaboradores como Richard Hoggart, Edward P. Thompson, Raymond Williams y Stuart Hall quienes crearon un ámbito de investigación crítica, incorporando la teoría marxista a estudios sobre identidad cultural. “La cultura no aparece como superestructura, sino como un componente activo en la producción de la realidad [...] a través de ella se tejen relaciones de poder [...] la cultura es planteada como un ámbito donde estudiar las relaciones de dominación, lucha y contestación” (Clua y Zusman, 2002, p. 107). Anthony Giddens también ha abordado el tema, parte del supuesto de que el espacio y el tiempo son aspectos estructurales en la rutinización de la vida cotidiana; toma como referencia al geógrafo suizo Torsten Hägerstrand quien basa sus investigaciones en la vida cotidiana y cómo “Esto a su vez se relaciona con rasgos del cuerpo humano, sus medios de movilidad y educación y su itinerario a través del ciclo de la vida; y se relaciona por lo tanto con el ser humano en tanto proyecto biográfico [...] para la constitución de una conducta social” (Giddens, 2011, p. 144).

Asimismo, es importante mencionar al iniciador de los estudios de la proxémica, Edward T. Hall, (2005) quien puso sobre la mesa problemáticas que consideran al espacio físico como organización social, interrelacionada con la naturaleza biológica del ser humano. Por su parte, Schefflen se centró en la estructuración del espacio interpersonal, familiar y público, y su utilización culturalmente diferenciada. Sigman articuló la lingüística y la antropología en lo que llamó *etnografía de la comunicación*, y autores como Hymes en la década de los 60 analizaron, con base en un marco referencial fundamentado en la lingüística, la antropología y la comunicación, una interpretación cultural de la sociedad. Hymes abordó el concepto de *competencia comunicativa*. Señaló que el habla es producto de reglas culturales y sociales, tal y como ocurre con el lenguaje (*competencia lingüística*). Sigman y por su parte Goffman realizan estudios antropológicos que los llevan a argumentar sobre la competencia comunicativa como elemento central del orden social e institucional (Winkin, 2005).

Sin duda estos estudios ubicados en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos en las décadas de los 60, 70 y 80 principalmente, llevaron a investigadores más recientes a inferir sobre el papel cultural del espacio –tal y como vimos en el apartado anterior– y donde la

comunicación juega un papel central, pues es la interacción del agente con el medio, en un juego de intersubjetividad, donde se elaboran y re-elaboran las interpretaciones de los objetos colectivos y de los espacios.

Lo que estos estudios nos aportan es la idea de que las reglas de la vida social varían de un punto a otro y se modifican sin cesar. Lo que cambia no son tanto sus principios, sino la manera de interpretarlos o de transgredirlos para adaptarse a circunstancias. Los barrios populares de las grandes ciudades son atormentados por bandas de jóvenes que buscan desesperadamente afirmar su originalidad, adornándose con temas de una afligente monotonía (Claval, 1999, p. 32).

Entre autores más contemporáneos dedicados al tema destaca el papel de la escuela francesa de geografía cultural entre quienes la representan, por ejemplo, Claval y Singaravélou cuyos trabajos abordan una diversidad de temas de representación y analizan cómo las personas actúan sobre el mundo, modelando el espacio a su imagen y en función de sus valores y aspiraciones. Pitte, también en los 90, explora el papel de los sentidos en la experiencia del mundo; el espacio y el cuerpo juegan un papel central. Junto con Berque y Sautter se re-funda la escuela francesa de la nueva geografía cultural donde la investigación sobre la comunicación, la construcción de identidades y la naturaleza de lo sagrado han aportado conocimientos que insisten en la territorialidad, región y paisaje, y en la relación de los grupos con el medio ambiente (Colignon, 1999).

De una u otra forma, los enfoques de las diferentes escuelas hacen alusión al cuerpo como una trama social, como medio de comunicación con el entorno, como extensión del espacio en el que se mueve. En el cuerpo se conjuran ritos sociales que tienen que ver con reglas de interacción entre agentes, con poder, con poder institucional, con experiencias y capital cultural... En las diferentes disciplinas, organizadas como campos sociales, se dibujan relaciones en las que prevalecen ejercicios de poder, mismas que —de acuerdo con Foucault (1992)— atraviesan instituciones de diverso tipo que confluyen en un sistema de sumisión y eficacia. La investidura política del cuerpo se relaciona con la organización, y agregaríamos con la dinámica de los campos en los que se desenvuelve el agente, imprimiendo su marca, pues orienta los usos físicos requeridos y manifiesta un control del tiempo y el espacio.

Estos factores a su vez, han hecho labor de “borramiento”, es decir, a lo largo de la historia han matizado el comportamiento humano confinándolo a expresiones socialmente aceptadas, entendidas como las reglas que predominan en las interacciones humanas. Le Breton (2001) señala que las interacciones corporales se ajustan a definiciones mutuamente aceptadas.

La situación está implícitamente limitada por un margen de posturas corporales, gestuales, faciales; una distancia precisa separa a los interlocutores que saben, intuitivamente (una intuición que es fruto de una educación hecha carne) lo que cada uno puede permitirse desde el punto de vista físico y lo que puede decirse sobre las manifestaciones corporales propias sin temor a incomodarse mutuamente (p. 126).

En el museo, por dar un ejemplo, gran parte de estos comportamientos ajustados a normas sociales, se exageran, pues como arquitectura es imponente, ejerce un tipo de violencia simbólica al representar el control institucional a través de la disposición de las salas, la iluminación, el silencio... Aun cuando los museos se han planteado nuevas técnicas de integración del usuario, han desarrollado modelos de interacción y de transmisión de información, persiste la solemnidad y la ritualización que implica visitar el museo. Es difícil sentir familiaridad cuando, de principio, hay un reglamento que indica lo que se puede hacer y lo que no. El museo en sí mismo comunica control, imposición y estatus cultural.

Bourdieu señala que la visita al museo inicia desde la escuela. Se refiere a dos aspectos, principalmente. El primero refiere a la adquisición de un tipo de conocimiento que antecede a la información que la persona encontrará en el museo, y sólo en esta medida podrá comprender —hasta cierto punto— lo que ahí experimente. Y el segundo, el comportamiento corporal que debe manifestarse en la

visita: los profesores advierten a sus alumnos de ser bien portados, respetuosos, guardar silencio, seguir indicaciones, tomar notas, etc. En este sentido hay un comportamiento corporal sobreentendido que variará de acuerdo al capital cultural y nivel socio económico del agente, aspectos que influirán en la familiaridad del interlocutor y el contexto de interlocución, en este caso el museo (Bourdieu, 1998).

Romper con el marco establecido de comportamiento corporal puede ocasionar vergüenza en el trasgresor o molestia en quien se sienta trasgredido: hablar en voz demasiado alta, empujarse, caminar rápido o correr, acaparar espacio, mostrar aburrimiento son aspectos que llaman la atención sobre un cuerpo que debe aparecer discreto.

Sartre describió sutilmente, al mozo de café que desaparece totalmente bajo las posturas, mímicas y gestos que asocia con su oficio. Fiel a la norma de la definición social de su trabajo, borra ritualmente la presencia del cuerpo mientras lleva a cabo la tarea con destreza, ya que recurre a una suma de técnicas corporales que domina muy bien (Citado en Le Breton, 2001, p. 127).

Hay una creencia social construida sobre los museos que genera un sentido práctico, origen de principios o esquemas motores y corporales, en ocasiones inconscientes para sus productores pero con un sentido común. Los agentes disponen del cuerpo y del lenguaje como depositarios de capitales culturales que funcionan cuando el cuerpo se conecta con el espacio y entra en negociación con la información o con conocimientos expuestos en el museo. La atención se centra en la “puesta en escena”, considerando al museo y la exposición museográfica como el escenario donde el agente, como actor, interactúa sobre sí mismo, sobre otros, sobre el espacio, sobre la información, etc. La expresión del agente no sólo es de tipo lingüística, sino también corporal. Hay una disposición de los cuerpos en relación con la organización de prácticas dispuestas en los protocolos, rutinas o agendas de los museos, las cuales dotan de un “orden arbitrario” a los pensamientos y a los sentimientos de los visitantes.

Dicho orden refiere al poder del museo sobre sus visitantes en su corporeidad, en sus creencias, en sus capacidades para influir sobre montajes verbales y corporales, neutralizándolos, y así reactivar una visión propia institucionalizada, legitimada por el museo en cuestión. Se construye una experiencia y, por lo tanto, un conocimiento sobre el museo, un capital cultural en este contexto.

7. Capital cultural y cuerpo

Nuestro cuerpo es reflejo de imperativos sobre el medio que nos rodea, de la influencia genética, biológica, familiar hasta aspectos sociales, institucionales y de poder. La expresión corporal se moldea a lo largo del tiempo y se incorpora en disposiciones permanentes en la forma de hablar, de caminar, de moverse, de expresarse con gestos, de acercarse o alejarse el objeto exhibido en un museo, se conecta con nuestro pensamiento y con los sentimientos, Foucault (1980 b) diría que es una manera de abordar el mundo y la vida cotidiana.

Lo corporal es aprendizaje que inicia con la familia pero se complejiza en los intercambios sociales e institucionales. Desde esta mirada adquiere matices de acuerdo al género, al nivel socio económico, al capital cultural.

Entre lo masculino y lo femenino hay diferencias en las formas de conducir el cuerpo, de manifestarlo, pues expresan sistemas de valores por su relación con el tiempo y el mundo. Hay una oposición “entre lo recto y lo curvo (curvado), entre la firmeza, la rectitud, la franqueza y, del otro lado, la contención, la reserva, la flexibilidad” (Bourdieu, 1991, p. 119). El aprendizaje que como mujeres o como hombres hemos tenido en determinada sociedad, revelan las formas de abordar nuestra existencia, aludiendo a posiciones corporales determinadas, hemos incorporado una representación de nuestra condición social.

La apropiación del espacio se relaciona con la posesión de un capital cultural determinado, a su vez, con la condición de género, pues entre más amplio, mayores posibilidades tendrá el agente de sentirse seguro, familiarizado con el entorno. En consecuencia,

su capacidad de comprensión y de interacción será mayor. Bourdieu (1987) señala que la acumulación de capital cultural requiere de una incorporación y se vincula con el cuerpo. El agente tuvo que trabajar durante un tiempo determinado para conseguir una asimilación, o lo que el autor considera una inversión, es decir, dedicación sobre sí mismo.

Cultivarse en materia de museos –continuando con el objeto de análisis que hemos venido trabajando– también exige una inversión de tiempo y esfuerzo por parte del sujeto, pues no se trata ingenuamente de “la visita al museo”, sino de una propiedad hecha cuerpo hasta convertirse en una parte integral del agente, en un hábito. La visita al museo no se agota con una o dos o diez idas a ese sitio, sino que forma parte de un “capital personal” que se va elaborando con otras experiencias culturales, con la formación familiar, social y educativa, hasta integrarse al sujeto de manera individual, encubierta e inconsciente.

De allí que este capital cultural presenta un más alto grado de *encubrimiento* que el capital económico, por lo que está predispuesto a funcionar como capital simbólico, es decir desconocido y reconocido, ejerciendo un efecto de (des)conocimiento, por ejemplo sobre el mercado matrimonial o el mercado de bienes culturales en los que el capital económico no está plenamente reconocido (Bourdieu, 1987, p.13)

Partiendo del hecho de que el museo es un capital cultural objetivado, su apropiación depende fundamentalmente de qué tan incorporado está en la familia como el primer contacto del sujeto con la cultura. De aquí que Bourdieu afirme que las familias dotadas con un fuerte capital cultural invierten gran parte de su tiempo de socialización en su acumulación, en consecuencia, la transmisión de capital cultural será la herencia mejor disimulada de capital.

El valor simbólico del museo (y sus contenidos) se lo adjudica quien lo aprecia por lo que representa objetivamente y porque ese valor lo ha incorporado a su propio ser. Si bien el museo no es propiedad privada, sí es propiedad pública, sin embargo, quien no le confiere valor no lo posee. Podrá heredarlo a su descendencia quien lo posea, a través de la visita guiada, del relato de anécdotas, de las explicaciones ampliadas con información adicional, seguramente la visita será motivo de pláticas posteriores... en resumidas cuentas pasa a formar parte de un capital cultural familiar, y de ahí su reproducción. Conforma lo que Bourdieu ha llamado *efecto Arrow* cuando nos dice que el museo junto con el conjunto de objetos culturales que acumulan ciertas familias, se incrementa la acción educativa que el agente ejerce sobre el medio en el que se desenvuelve. “Si además de esto, el capital cultural incorporado crece constantemente, se puede ver cómo, en cada generación, lo que el sistema puede considerar como ya adquirido, se ha ido incrementando” (Bourdieu, 1987, p. 14). De aquí nuestra afirmación sobre el hecho de que la visita al museo inicia desde antes, en la configuración de un conocimiento que se ha desarrollado con el tiempo hasta el momento de pararse frente a una exposición, y entonces, estar en situación de establecer una interacción más de fondo.

La acumulación de un capital cultural objetivado contribuye a la familiaridad del agente en el ámbito museístico, le permite sentirse parte de ese contexto, por lo tanto se “apropia” espacialmente del museo: elabora sus propios recorridos, pasa rápidamente frente a ciertos objetos, mientras que se detiene en la contemplación de otros, comenta en voz alta o reflexiona para sí mismo, es capaz, incluso, de trasgredir ciertas reglas porque se siente en casa, está cómodo y seguramente, encuentra algo nuevo que antes no había percibido: hay un nuevo aprendizaje.

8. Prácticas socioculturales en los museos

El museo es un espacio educativo que propicia la interacción y la apropiación de conocimiento. Sin embargo, como hemos visto ésta no se da de forma espontánea, pues diversos factores intervienen en dicho proceso: la percepción de significados; la capacidad que tiene el

agente para comprender, inferir y relacionar la información con otros saberes; la forma en que el cuerpo interactúa con su entorno, en fin, la concepción, por parte del visitante, de que se encuentra inmerso en un acto comunicativo.

En este marco ofrecemos un par de ejemplos de las prácticas que los visitantes llevaron a cabo en su recorrido por el museo de Antropología.

Consideramos que el estudio de estos comportamientos nos permite, por una parte, ilustrar los temas que hemos abordado (espacio social, apropiación, cuerpo, interacción...) y por otra reflexionar, desde una mirada educativa, sobre la importancia de hacer evidente el propósito del discurso creado mediante la exposición y con ello posibilitar su apropiación.¹⁰

Los datos que a continuación se muestran se obtuvieron mediante la técnica de la observación. Se siguió el recorrido realizado por dos visitantes; se observó si seguían el orden establecido por el museo (ya que éste conlleva una semántica dentro del mensaje de la exposición) o si creaban su propio recorrido; la forma en que percibían la información (a través de la lectura, de las imágenes, de las piezas expuestas); el ritmo al caminar, si realizaban o no actividades como tomar fotos, comentar la temática de la exposición, etcétera, pues son factores que intervienen en el diálogo que se busca establecer entre el visitante y la exposición.

Veamos, el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México cuenta con dos secciones de exhibiciones permanentes: Arqueología y Etnografía, cada una de las cuales, a su vez, tiene 11 salas. El tiempo de recorrido que un visitante haría si leyera cada una de las cédulas que acompañan a los objetos exhibidos es de aproximadamente 18 horas con 30 minutos;¹¹ esto evidencia que el recorrido por este museo no se puede realizar en una sola visita. Los dos visitantes que fueron observados permanecieron en el museo alrededor de dos horas. Sin embargo, la forma en que recorrieron el museo mostró que querían abarcarlo todo en una sola visita, como enseguida se mostrará:

- a. Una mujer de entre 55 a 60 años, tez blanca, robusta, cabello corto y negro con canas. Iba sola, visitó cuatro salas; no siguió el orden establecido del recorrido. Recorrió dos salas completas (Teotihuacán y Toltecas); De las Salas Mexica y Maya sólo eligió la observación de algunos objetos y omitió los demás. Leyó sólo la información presentada con letra grande, la cual se ubica al principio de cada sala, e ignoró el texto pequeño de las cédulas que acompañan a los objetos exhibidos. Se detuvo a ver los videos que se proyectan en las salas. Fijó más su atención en las piezas del museo que en la información escrita.
- b. Una pareja de jóvenes (hombre y mujer) de alrededor de 25 años. Iniciaron su recorrido de forma ordenada, en la primera sala leyeron casi todas las cédulas y observaron con cuidado las piezas. En la segunda sala sólo leyeron los textos de introducción con los que cuenta cada sección; cada uno por su lado observó algunos objetos. Dentro de la Sala Mexica, la mujer se puso a observar piezas exhibidas, mientras el hombre interactuó con su celular casi la totalidad del tiempo que estuvo en dicha sala. En las siguientes secciones la pareja de visitantes caminó rápidamente observando las piezas a distancia, ya no leían. Fueron a la parte superior del museo donde hicieron un breve recorrido por todas las salas, omitieron la náhuatl, pero recorrieron todas

¹⁰ Los datos forman parte de la investigación denominada: *Análisis de espacios naturales y virtuales para la apropiación efectiva de saberes en educación y divulgación de la ciencia: reflexiones desde la cognición y la comunicación*, la cual realizan las autoras de este escrito. Dentro de este proyecto se estudia el museo como un espacio educativo: la forma en que se ofrece la información, el diseño de distribución de los objetos, los usuarios y su interacción con ese espacio. Para el estudio de las prácticas que llevan a cabo los usuarios se observaron dos visitantes por museo (los datos se recogieron en el Museo de Antropología, en el MUTEC, en el UNIVERSUM y en el Museo de La Avispa). Asimismo, se llevaron a cabo 24 entrevistas (seis en cada museo), una vez que el visitante había salido del museo. Los datos obtenidos se trabajan como prueba piloto, lo cual permite corregir preguntas o errores de observación.

¹¹ Realizamos el recorrido por las 22 salas, leyendo las cédulas, observando las piezas y midiendo el tiempo. Nos faltó por recorrer dos salas que se encontraban cerradas por mantenimiento. El tiempo que obtuvimos en el recorrido fue de 18 horas con 36 minutos.

las demás de manera muy superficial, pues siempre observaron de lejos sin leer. Evitaban, además, las vitrinas o las piezas donde había gente.

Recorrer un museo es una práctica del cuerpo en el espacio. El orden en el recorrido, las cédulas de información, los objetos, todo está dispuesto para entablar una comunicación con el visitante. Éste debería saber que en el museo se deben observar las piezas, leer la información, caminar con cierto ritmo: comportarse de cierta forma, si bien el museo, como un espacio de educación no-formal, permite prácticas como platicar, romper el recorrido de la exhibición y crear una ruta propia. Los usuarios observados prefirieron la segunda opción: crear ellos mismos su propia ruta, haciendo a un lado el recorrido propuesto por el museo. El tiempo fue un factor que incidió en este comportamiento. Parece ser que los visitantes quisieron recorrer en una sola visita todo el museo, lo cual no es posible si se trata de un museo tan grande como el de Antropología.¹²

La práctica de la lectura de las cédulas que acompañan a las piezas fue, la mayoría de las veces, relegada. Los visitantes observados, a menudo hicieron caso omiso de informaciones como las siguientes:

- **Brasero Ceremonial**
Recipiente de carácter ritual dedicado a contener el fuego sagrado; destaca por la secuencia de esferas que rematan en el borde superior y que recuerda los elementos que se daban a los guerreros cautivos para defenderse en la ceremonia del sacrificio gladiatorio.
Procedencia: desconocida.
- **Corazón de Piedra Verde**
En la lengua náhuatl, yaoyotl es el corazón humano, y se consideraba lo más precioso que el hombre podía ofrecer a los dioses. Esta magnífica escultura, labrada en piedra verde, tiene además, un rostro fantástico, con ojos, ceja y colmillos.
Procedencia: Centro Histórico, Ciudad de México.

Esta información es valiosa en el sentido de que guía la misma observación que realizan los visitantes. No se trata de aprender datos, sí de que el usuario tenga más elementos que fomenten su experiencia en el museo y sus reflexiones. Sin embargo, los usuarios la hicieron a un lado y privilegiaron la observación directa de las piezas, ya sea porque se prefiere ver que leer o porque consideran que cuentan con el capital cultural suficiente que les permite interpretar por ellos mismos los objetos exhibidos o por alguna otra razón, lo cierto es que la información contenida en el cedulario tendió a ser ignorada.

Pero, ¿existe o no apropiación de conocimiento en este tipo de visitas? Al ser cuestionados tres estudiantes de 17 años sobre lo que habían aprendido después de su visita al museo, uno de ellos respondió que nada. Los otros dos dijeron que sí (que aprendieron sobre la vestimenta y las costumbres del pueblo maya). Sin embargo, no supieron qué responder cuando se les preguntó para qué les servían esos datos. Las respuestas de los jóvenes evidencian una valoración de la información por encima de la reflexión, incluso de la emoción. Otras tres personas entrevistadas, cuya edad oscilaba en los 40 años, respondieron que su visita al museo les sirvió para aprender la forma en que vivían las culturas indígenas y que esa información les era útil para contárselas a sus hijos, a sus nietos.

Es evidente que el consumo cultural es individual, pues en ello intervienen diversos factores tales como el conocimiento de códigos que permiten la interpretación de los signos, la propia actitud, el deseo mismo por comprender la información. Así, cada

¹² Otra interpretación sería que los usuarios conocen la práctica cultural de asistir a un museo y ellos van a buscar un conocimiento específico, por eso eligen su propio recorrido. Aunque la forma en que trataron de abarcar todo el museo en una sola visita va en contra de esta interpretación.

visitante habrá logrado un tipo de aprendizaje, sin embargo en este tipo de museos cuyo objetivo es albergar y exhibir un legado histórico, en donde se privilegia la información se requiere de un tipo de usuario que cuente ya con capital cultural incorporado para que exista una apropiación del espacio museístico, tal y como lo conciben Méndez y Peñalosa (2015¹³) cuando afirman que en los museos los visitantes pueden apropiarse del conocimiento si van más allá de la mera contemplación superficial y buscan hacer sentido de aquellos aspectos de la exhibición que despiertan su interés, a partir de interactuar (en el grado que permita el museo) con las cédulas informativas y las piezas relevantes dispuestos a lo largo del recorrido.

Así, la apropiación de un espacio social, que implica además un proceso educativo, no es sencilla. Se requiere de un conocimiento previo que le ayude a la persona a incorporar una nueva información y, luego, que esta información sea procesada, categorizada, para que el sujeto finalmente la use para inferir, para relacionarla a su vez con otros saberes. Sólo así, se habrá dado una verdadera apropiación del espacio social.

9. Reflexiones finales

El concepto de espacio ha sido abordado desde diversas perspectivas. Las ciencias sociales se interesaron en su estudio a partir de la concepción de un espacio social, es decir, un espacio en el cual el hombre interactúa y al hacerlo lo carga de significados. La influencia, sin embargo, es recíproca: el hombre actúa sobre los espacios y los lugares a su vez modelan al hombre. En esta relación se generan relaciones de poder que influyen en las interacciones sociales, en la comunicación, y en consecuencia –lo que nos interesa en este libro– en la apropiación de conocimiento del agente, particularmente en el caso de los museos. Por lo tanto, la relación de los agentes con el espacio nos obliga a reflexionar sobre aspectos que rebasan al espacio y al agente, aspectos relacionados con condiciones sociales, con posturas ideológicas, con trayectorias históricas individuales y colectivas.

El cuerpo y sus variadas formas que tiene para interactuar con el entorno desempeñan un papel fundamental en la apropiación del espacio. En este sentido, el cuerpo es el receptor de una gran cantidad de estímulos sociales, políticos, económicos y culturales que lo conforman a lo largo de la vida; en consecuencia el cuerpo <se comporta> de acuerdo a la situación en la que se encuentre, expresa, siente y piensa acorde al contexto y a la historia de vida de cada individuo. En resumidas cuentas es la síntesis encarnada de un capital incorporado en el agente (de experiencias, de conocimientos que van modelando al sujeto, que se engarzan con otros saberes y que se manifiestan en otros contextos), el cual se construye de forma paulatina.

Así, la apropiación de un espacio social requiere de conocimientos previos que permitan al visitante incorporar un nuevo conocimiento. En este trabajo ilustramos el proceso de apropiación con el caso específico de los museos. Partimos de la idea de que un museo es un espacio educativo *per se*, por lo que los usuarios lo recorren con la voluntad de construir saberes. Sin embargo, es difícil que exista apropiación cuando se trata de un usuario que visita un museo muy rara vez o que lo hace de forma descontextualizada.

Observamos que la apropiación de conocimiento en el museo, y el museo mismo como experiencia forman parte de una trama más amplia relacionada con la trayectoria personal de las personas, con sus vínculos social y familiar. En un sentido práctico, se ajusta a las exigencias y condiciones que predominan en el campo social. De acuerdo con Bourdieu lo denomina *sentido de juego*, y tiene que ver con saber <<colocarse>>, <<anticiparse>> a una jugada. Una práctica aparentemente simple o ingenua como pararse frente a una exposición en cualquier museo, activa aspectos profundos del encuentro entre el *habitus* y el campo, es decir, entre lo que es el agente, su

¹³ Capítulo de este mismo libro.

sistema de valores y creencias, y las condiciones que impone el medio social; entre la historia objetivada (en este caso representada por el museo en su conjunto) y su historia incorporada (todos los recursos culturales adquiridos por el agente que le permiten entender la exposición museística e incorporarla a su capital cultural personal). Al respecto Bourdieu (1991) señala que

Producto de la experiencia de juego, de las estructuras objetivas del espacio de juego por tanto, el sentido de juego es lo que hace que el juego tenga un sentido subjetivo, es decir, una significación y una razón de ser, pero también una dirección, una orientación, un porvenir para aquellos que participan en él y que reconocen ahí de ese modo sus asuntos en juego (p. 13).

Existe la creencia de que asistir al museo es una actividad de alta cultura y que con recorrer sus pasillos y medio leer las cédulas informativas es suficiente para incrementar y fortalecer los conocimientos de los usuarios, o que el conocimiento que contiene un museo, incluso en una sola sala de exhibición, se agota con una visita. No dudamos de que haya algún tipo de aprendizaje en las personas que visitan un museo, seguramente lo hay, pero apropiación, rara vez. A lo largo de este capítulo hemos expuesto elementos que nos parecen importantes para incorporar en las propuestas de los museos, pues para que realmente sea una experiencia cultural significativa para el agente, es necesario abrir la perspectiva. La visita al museo no solo puede limitarse al museo y su contenido, sino que debe incluir al usuario y lo que representa como agente social. Así, aun cuando el acceso al museo no tiene el obstáculo del alto costo económico, responde a una <necesidad cultural>, es decir, a diferencia de las necesidades primarias, las necesidades culturales son producto de la educación y como hemos señalado anteriormente, de una inversión en sí mismo. En resumidas cuentas, mientras la experiencia de asistir al museo no sea significativa para el agente, no habrá apropiación de conocimiento.

De este modo, consideramos que para posibilitar la apropiación de dicho espacio, se requiere explicitar, primeramente, los objetivos que tiene cada museo, cada exposición. Facilitar, durante el recorrido, experiencias emotivas, lúdicas, interactivas, dialógicas, etcétera que hagan viable en el visitante, la interpretación de significados, el análisis, la inferencia y la elaboración de explicaciones. Consideramos que este es un camino para que el espacio museístico apoye de manera más fuerte la labor educativa.

Referencias

- Blanco, J. (2007). Espacio y territorio: elementos teóricos-conceptuales implicados en el análisis geográfico. En Fernández, M.V. y R. Gurevich (coord.). *Geografía. Nuevos temas, nuevas preguntas*. Barcelona: Ed. Biblos.
- Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto*. México: Siglo XXI Editores.
- _____ (1998). *La distinción*. España: Taurus.
- _____ (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus Humanidades.
- _____ (noviembre, 1979). Los tres estados del capital cultural. *Sociológica*, nº 5, 11- 17
- _____ (1989). Espacio social y espacio simbólico. En *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1987). Los tres estados del capital cultural. En *Sociológica*, año 2, nº 5, 11-18.
- Breton, D. Le (2001). *Antropología del cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Cassirer, E. (1968) *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura* (5ª ed.). México: FCE.
- Claval, P. (1999). Los fundamentos actuales de la geografía cultural. *Documentos de Análisis Geográfico*, nº 34, 25-40.
- Clua, A. y P. Zusman (2009). Más que palabras: otros mundos. Por una Geografía Cultural crítica. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, nº34, 105-117.
- Colignon, B. (1999). La geografía cultural en Francia: un estado de la cuestión. *Documentos de Análisis Geográfico*, nº 34,103-117.
- Peñalosa Castro E. y Diego Méndez Granados (2015). *La apropiación del conocimiento en comunicación y educación para la ciencia: una propuesta de conceptualización*, en Contextos educativos no-formales: el museo y la apropiación del conocimiento científico [en prensa].
- Focault, M. (1992). *Estrategias de poder*. México: Paidós Básica.

- _____ (1980a). Poder-cuerpo. En Varela, L. y F. Álvarez-Uría (Eds.). *Microfísica del poder* (pp. 103-110). Madrid: Edissa,
- _____ (1980b). Preguntas a Michael Foucault sobre la geografía. En Varela, L. y F. Álvarez-Uría (Eds.). *Microfísica del poder* (pp. 111-124). Madrid: Edissa.
- _____ (1980c). Las relaciones de poder penetra en los cuerpos. En Varela, L. y F. Álvarez-Uría (Eds.). *Microfísica del poder* (pp. 153-162). Madrid: Edissa.
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hall, E.T. (2005). *La dimensión oculta* (22ª ed.), México: Siglo XXI Ed.
- Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. México: Siglo XXI.
- _____ . (1994). "La construcción social del espacio y del tiempo: Una teoría relacional" [en Línea]. Recuperado el 20 de enero de 2014 de <http://geografiacriticaecuador.files.wordpress.com/2013/01/16-harvey.pdf>
- Hewes, G.W. (1999). Current status of the gestural theory of language origin. En *Origins and evolution of language and speech*. Nueva York: New York Academy of Sciences.
- Knapp, M. (2009). *La comunicación no verbal: el cuerpo y el entorno*. México: Paidós Comunicación.
- Lefebvre, H. (1974). *The production of Space*. Oxford: Blackwell Publisher.
- Saville-Troike, M. (1999). *La etnografía de la comunicación*. Buenos Aires: Docencia.
- Vidal, T. y E. Pol (2005) La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. En *Anuario de Psicología*, vol. 36, nº 3, 281-297.
- Wiesenfeld, E. (2001). La autoconstrucción. Un estudio psicosocial del significado de la vivienda. Venezuela: Universidad central de Venezuela.
- Winkin, Y., et al (2005). *La nueva comunicación*. Barcelona: Ed. Kairós.